

**Plotkin, Mariano Ben . Introducción.** *En publicación: La privatización de la educación superior y las ciencias sociales en Argentina. Un estudio de las carreras de Psicología y Economía. Mariano Ben Plotkin.* Programa Regional de Becas, CLACSO, Buenos Aires, Argentina. Junio 2006. ISBN 987-1183-44-5

Disponible en la World Wide Web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/plotkin/Introduccion2.pdf>

[www.clacso.org](http://www.clacso.org)

**RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO**

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

[biblioteca@clacso.edu.ar](mailto:biblioteca@clacso.edu.ar)

# INTRODUCCIÓN

LA INSTITUCIONALIZACIÓN de las ciencias sociales “modernas” en la Argentina es un fenómeno que, como en otros países de la región, se produjo a partir de la segunda mitad de la década del cincuenta (Blanco, 2004). En el caso argentino, este momento coincidió con la caída del gobierno de Perón y con las profundas transformaciones políticas, sociales y culturales que sufrió el país, en parte como consecuencia de la década peronista y su final (Sarlo, 2001; Sigal, 1991; Altamirano, 2001). Las carreras de Sociología, Economía, Psicología y Antropología, entre otras, fueron creadas en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en otras del interior a partir de 1957. Este proceso coincidió con otro que tendría consecuencias muy importantes en el campo de la educación superior en la Argentina: la creación de las primeras universidades privadas y la autorización para su funcionamiento. Por lo tanto, la implantación a nivel universitario de formas de conocimiento social con pretensiones científicas y la privatización de la educación superior han sido dos fenómenos que comenzaron y se desarrollaron de manera simultánea, y cuyos orígenes estarían vinculados a una misma coyuntura social, política y cultural.

Los vínculos entre el desarrollo de las ciencias sociales y el de la educación superior privada no se agotan, sin embargo, en las condiciones de origen. Aunque en términos cuantitativos la matrícula universitaria privada ha sido históricamente menor en Argentina que en otros países de la región, tales como Brasil y Chile, y nunca superó el 20%

del total, las universidades privadas, orientadas como han estado, precisamente, hacia las ciencias sociales, han acompañado –y en algunos casos han provocado– transformaciones profundas dentro del campo de las mismas. Esto se dio fundamentalmente en dos niveles: por un lado, algunas universidades privadas permitieron cierta continuidad en la enseñanza de las ciencias sociales a nivel universitario en momentos en que las sucesivas crisis políticas que sufrió el país a lo largo de las últimas cinco décadas impedían que la misma se pudiera llevar a cabo de manera más o menos eficiente en las universidades públicas, proporcionando un espacio de autonomía relativa para el desarrollo de algunas disciplinas. Sin embargo, tal vez más importante que esto sea el hecho de que la presencia de espacios de producción y difusión de conocimiento que operan fuera de la órbita estatal –hay que recordar que otro fenómeno que se originó a finales de la década de 1950 fue la creación de los primeros centros de investigación privados en ciencias sociales– ha contribuido a redefinir los mecanismos de prestigio, validación y reproducción dentro del campo de las ciencias sociales. En otras palabras, estamos hablando de cierta reformulación de algunas de las estructuras fundamentales que definen a este campo.

Estos procesos, desde luego, no han sido lineales ni unidireccionales, como tampoco lo ha sido, en términos más generales, la evolución del conocimiento social en Argentina (Neiburg y Plotkin, 2004b: introducción). A lo largo de las últimas cinco décadas, se ha transformado profundamente no sólo el lugar que han ido ocupando las instituciones privadas, sino también la definición misma de esos lugares. A partir de la segunda mitad de la década del setenta, pero particularmente, y de manera dramática, durante los años noventa, se produjo en Argentina una verdadera revolución cultural fuertemente vinculada a lo que el historiador Tulio Halperin Donghi ha definido como “la larga agonía de la Argentina peronista” (Halperin Donghi, 1994). El lugar y el valor asignados a lo público y lo privado han sufrido profundas transformaciones. Desde luego, este no es un proceso privativo de la Argentina, sino que es parte de un fenómeno mucho más amplio y de alcance mundial: la última fase del fenómeno conocido como globalización, y la concomitante instauración (y legitimación) del neoliberalismo como ideología hegemónica. Un país en el que la palabra misma “privatización” era considerada una anatema, y en el que la soberanía nacional se confundía muchas veces con la posesión de empresas y servicios por parte del Estado, se ha convertido en pocos años en uno de los pocos países del mundo (sino el único) que no tiene un servicio de correo oficial, situación a la que se llegó con el consenso implícito (y muchas veces explícito) de vastos sectores sociales y, particularmente, de la clase media.

Las transformaciones dentro del campo de las ciencias sociales y del lugar que ocupan en él las instituciones privadas de formación su-

perior se vinculan además con un proceso más amplio que se ha venido desarrollando a nivel internacional a partir de la segunda posguerra, pero fundamentalmente desde los años sesenta: la generación de elites nacionales, fuertemente internacionalizadas, de notables, intelectuales-funcionarios, poseedoras de un capital social y cultural definido por el acceso a competencias culturales, técnicas y lingüísticas determinadas. Estos “misioneros de lo universal”, como los llama Yves Dezalay (Dezalay, 2004; Dezalay y Garth, 2002), definidos por su capacidad de circular entre los espacios nacionales y los organismos internacionales (instituciones financieras internacionales, ONGs, etc.), constituyen un grupo dominante dentro del campo de las ciencias sociales de los países periféricos, una “nobleza del saber”, formada en instituciones a su vez fuertemente internacionalizadas, que cuentan con un sistema simbólico de validación propio. Como veremos, algunas de las universidades privadas que surgieron durante la última década en Argentina han intentado posicionarse dentro del campo de las ciencias sociales como instituciones formadoras de este tipo de elite.

La retracción del Estado afectó también al sistema educativo en todos sus niveles. Partes importantes del mismo, tales como las escuelas primarias de la Capital Federal y las secundarias de todo el país, históricamente bajo la jurisdicción del Estado central, pasaron a depender de municipios y jurisdicciones menores. El financiamiento de la educación superior disminuyó drásticamente, y comenzaron a promoverse los aspectos “empresariales” de las universidades públicas, tales como la venta de servicios, o asociaciones más estrechas con la empresa privada. De manera significativa, se percibe una pérdida de legitimidad de la educación pública. Si en décadas anteriores la educación pública, más allá de las evaluaciones que mereciera su calidad objetiva, era considerada por importantes sectores de la sociedad como un valor en sí misma, y su difusión era vista como un elemento constitutivo de la identidad nacional, hoy en día cuesta trabajo no sorprenderse frente al hecho de que una proporción muy grande de los alumnos que cursan sus estudios en la UBA (en algunas facultades, bastante más de la mitad) provienen de escuelas secundarias privadas, parroquiales o no, como discutiremos más adelante, y que la matrícula en las universidades privadas esté creciendo rápidamente a expensas de las estatales, que ofrecen sus servicios gratuitamente. No es el objetivo de este trabajo discutir hasta qué punto estas preferencias pueden estar justificadas o no. Lo que importa aquí es simplemente señalar un fenómeno que es consecuencia de, pero que a la vez contribuye a legitimar, un reposicionamiento del Estado frente a la sociedad.

El establecimiento de lo que podríamos llamar un “nuevo orden cultural hegemónico” transformó el campo del conocimiento social de manera profunda. Las propiedades a las que se asigna valor, las jerar-

quías internas del campo y las estructuras de los mecanismos de validación aceptados no salieron indemnes de este proceso aún inacabado. Aunque ríos de tinta han corrido sobre la globalización y el neoliberalismo, las consecuencias que estos fenómenos han tenido en la redefinición del campo del conocimiento social permanecen virtualmente inexploradas, al menos en nuestro país. Preguntas tales como las que se enumeran a continuación aún esperan respuesta: ¿cómo ha cambiado el valor relativo asignado a diferentes propiedades de agentes dentro del campo? ¿Cómo se han redefinido las jerarquías internas dentro del mismo, y respecto al mundo internacionalizado de las ciencias sociales? ¿Cómo impacta en esto el proceso de internacionalización (¿deberíamos decir norteamericanización?) de las ciencias sociales y en la formación de nuevas elites de intelectuales-funcionarios? ¿Cuál es el lugar asignado en las instituciones universitarias argentinas al conocimiento producido en el país? Y, finalmente, ¿cuál es el lugar que ocupan en este proceso las universidades privadas y las públicas o, en términos más generales, cómo se vinculan estos desarrollos con la evolución de la educación superior pública y privada?

Aquí convendría realizar una precisión metodológica y sobre todo terminológica. A lo largo de este texto se utiliza el concepto de “campo”, acuñado por Pierre Bourdieu. Este autor caracteriza a los campos como espacios de posiciones y combates por la posesión de un cierto capital simbólico definido internamente en cada campo (al respecto ver Bourdieu, 1987: 167 y ss). Según este autor, cada campo desarrolla lógicas internas de funcionamiento (definición de mecanismos de consagración, validación y reproducción) que son a la vez autónomas y homólogas respecto de las de otros campos. Este modelo de análisis ha sido utilizado muchas veces de manera más o menos mecánica dejando de lado sus matices y complejidad. Por otro lado, también ha sido sometido a críticas diversas, particularmente en el caso de su utilización directa en contextos periféricos donde el concepto de autonomía (central para la definición de los campos) se vuelve más borroso que en el caso de Francia, espacio social y cultural para el cual Bourdieu construyó su análisis. A su vez, como señalan Neiburg y Plotkin (2004b: 18), en contextos como el nuestro la producción de conocimiento sobre la sociedad se halla en muchos casos fuertemente influenciada por factores que son externos a la lógica interna de cada campo específico de conocimiento. A pesar de estas y otras limitaciones que pueden señalarse para la utilización del modelo de análisis propuesto por el sociólogo francés en un espacio cultural como el argentino, mantengo (aunque con las prevenciones del caso) el uso de la terminología porque proporciona una precisión semántica muy fructífera para el tipo de análisis que pretendo realizar.

Este trabajo constituye un primer paso, un pequeño primer paso debería decir, para dar respuesta a algunas de las preguntas formuladas

más arriba. Lo que se intenta hacer es examinar algunas dimensiones particulares del espacio de intersección entre dos campos estrechamente vinculados, el de las ciencias sociales y el universitario, en un espacio geográfico y cultural definido, la Ciudad de Buenos Aires, para analizar en particular cómo se articula la variable educación pública-educación privada con la definición de ciertas propiedades dentro de dos disciplinas: Psicología y Economía. Este trabajo se realizó a partir de los resultados de una encuesta a alumnos que cursaban estas carreras en la UBA y en universidades privadas de distinto tipo. Las características de la encuesta y de las universidades incluidas en la muestra se discutirán más adelante, en la sección de metodología de esta introducción.

La elección de estos dos campos disciplinarios, Psicología y Economía, requiere una justificación. A lo largo de las últimas cuatro décadas, la Psicología y la Economía han desbordado sus ámbitos específicos de aplicación y han constituido en Argentina verdaderas “culturas”, grillas de inteligibilidad para comprender la realidad (Turkle, 1992). Una parte importante del vocabulario originado en ambas disciplinas ha sido incorporado por la sociedad para referirse a todo tipo de situaciones sociales y políticas. La omnipresencia del psicoanálisis y las interpretaciones psicologistas del mundo social y político difundidas a nivel popular han sido ya bastante estudiadas por otros autores y por mí mismo en otros trabajos, y no repetiré el análisis en esta oportunidad (Vezzetti, 1996; Balán, 1991; *Dispositio*, 1993; Plotkin, 2003). El caso de la Economía y la evolución del lugar de los economistas en el imaginario social, en cambio, han permanecido virtualmente inexplorados desde el punto de vista sociológico, lo que nos fuerza a apelar a una evidencia más impresionista. Pero basta escuchar los discursos de los políticos, abrir cualquier diario o publicación, o leer los numerosos libros que se han escrito sobre las “crisis recurrentes” de la Argentina para comprender que la Economía también ha constituido una “cultura”, proveyendo una serie de núcleos y nudos semánticos aptos para analizar áreas de la realidad que no necesariamente se vinculan con esta forma de conocimiento. Por otro lado, ambas disciplinas han sido fuertemente asociadas en diferentes momentos al proceso de modernización. La Psicología (en particular el psicoanálisis) ha sido percibida como un producto esencialmente moderno que ayudaría, además, a paliar algunos de los problemas que esa misma modernidad había introducido en la sociedad. Las transformaciones económicas recientes del país han sido, por otro lado, legitimadas en el discurso público por el hecho de constituir al mismo tiempo causa y evidencia de la entrada de la Argentina en el mundo moderno.

Sin embargo, ambas disciplinas ocupan lugares bien diferenciados en el campo mayor de las ciencias sociales. La Economía se ha desarrollado a nivel mundial como una disciplina fuertemente interna-

cionalizada, como un lenguaje universal a la vez de análisis y de gestión. La Psicología, por su parte, ha adquirido caracteres mucho más locales. Aunque la influencia del psicoanálisis ubicó a los psicólogos argentinos en relación directa con instituciones y movimientos internacionales (sobre todo de origen francés), los mismos carecen del carácter “universal” que han adquirido las escuelas de pensamiento económico. Además, por definición, la Psicología (clínica y psicoanalítica) se ocupa de lo particular, por lo que los mecanismos de reproducción y legitimación dentro del campo de la Psicología están mucho menos mundializados que los generados dentro de la Economía. Estos factores hacen de la Economía y la Psicología casos particularmente atractivos para el estudio del campo de las ciencias sociales, especialmente desde la perspectiva desde la que se intenta llevar a cabo dicho estudio en este trabajo. Ahora bien, lo que se entiende por Economía y Psicología no es unívoco, sino que depende de momentos históricos, y responde a –y al mismo tiempo genera– una serie de jerarquías dentro de los respectivos campos y dentro del campo mayor de las ciencias sociales.

¿Qué es, por ejemplo, lo que se define como “buena Economía”, o “Economía científica”? ¿Quiénes son aquellos socialmente legitimados para determinarlo y, en todo caso, cómo se desarrolla la lucha dentro del campo respectivo por obtener esa legitimación? Lo mismo puede preguntarse para el caso de la Psicología. Lo que interesa en este trabajo es intentar determinar cómo y hasta qué punto se han articulado la existencia de universidades públicas y privadas, por un lado, y la evolución de estas propiedades, por el otro, redefiniendo los sistemas de identidades y jerarquías dentro de cada campo, en particular desde el punto de vista de las expectativas y perspectivas de quienes aspiran a integrarse en ellos; es decir, de los estudiantes, que son quienes están siendo socializados en las jerarquías y reglas de cada disciplina.

Como ya se dijo, este trabajo constituye un paso muy preliminar en la dirección señalada, y es momento de hablar de sus límites. Para empezar, la investigación se centró en –y se limitó a– la Ciudad de Buenos Aires, con la excepción de una de las universidades privadas que tiene su sede en el Gran Buenos Aires. La decisión de limitar el trabajo a esta ciudad respondió, al menos en parte, a causas prácticas, la más importante de las cuales fue la restricción de tiempo y recursos. Sin embargo, no creo que el trabajo se haya visto perjudicado por esta limitación, ya que la Ciudad de Buenos Aires presenta una densidad suficiente en cuanto a presencia e importancia de instituciones de educación superior y, además, constituye un espacio relativamente homogéneo en el cual esas instituciones compiten y se relacionan entre sí. Habría sido interesante extender la investigación a otras universidades públicas, por ejemplo del conurbano bonaerense. Pero esta extensión habría abierto, al mismo tiempo, otro núcleo de problemas que hubie-

ran complicado la investigación más allá de lo prudente. Sin embargo, espero poder ampliar la encuesta en el futuro.

Otra limitación está dada por la imposibilidad de obtener fuentes adecuadas para poder analizar los datos conseguidos en las encuestas desde una perspectiva histórica. A pesar de que a lo largo de las décadas se ha realizado una cantidad importante de censos universitarios, la mayoría de ellos han sido llevados a cabo con criterios diferentes, lo que hace que sus datos no sean siempre comparables. Sin embargo, cuando ha sido posible incorporar material de censos anteriores a la discusión, esto se ha realizado.

Finalmente, el foco de la investigación está puesto en las carreras de grado y no en los posgrados. En los últimos años se ha generado en Argentina una verdadera “cultura de los posgrados”. Tradicionalmente, los programas universitarios de grado en nuestro país eran considerados terminales. La realización de un doctorado agregaba una dimensión de prestigio, pero no era vista como indispensable. En algunas carreras, tales como por ejemplo Psicología, los doctorados (al menos en la UBA) ni siquiera estuvieron disponibles por mucho tiempo; sólo algunas universidades privadas ofrecían doctorados en Psicología (por lo general con orientación psicoanalítica). La Facultad de Ciencias Económicas, por otro lado, sí ofrecía desde el comienzo la posibilidad de realizar un doctorado en Ciencias Económicas como una manera de prestigiar una profesión, la de Contador Público, que no estaba de otra forma en condiciones de competir en términos de validación social y prestigio con otras profesiones más consolidadas a principios del siglo XX.

Durante las últimas dos décadas, esta situación ha sufrido importantes cambios. Los posgrados son considerados hoy en día como un componente esencial en la formación de los profesionales, tal como puede observarse en las encuestas analizadas en el capítulo IV. Esto se debe en parte a un reconocimiento de las limitaciones de la formación universitaria y, también en parte, a un cambio en la cultura universitaria más general. Concomitantemente con la implantación de lo que podríamos llamar la “cultura de los posgrados”, se ha venido produciendo un acortamiento de las carreras universitarias que, por lo general, tienden a durar cuatro años y no los cinco o seis que estaban previstos originariamente. Esto se ve con claridad sobre todo entre las universidades privadas “nuevas” creadas después de 1990, que intentan adaptarse en la mayor medida posible a un modelo norteamericano de educación, como discutiré más en detalle luego, aunque este modelo ha sido adoptado también por algunas universidades públicas. ¿Podemos decir que la implantación de los posgrados tiene que ver con una “norteamericanización de la educación superior”? Afirmar esto sería demasiado simplista, ya que se trata de un proceso mucho más complejo que tiene que ver también con factores vinculados a la situación del mercado laboral.



Sin embargo, hay en esto una dimensión simbólica que está presente y que no puede dejarse de lado, y que sí tiene que ver con cierta mímica del modelo hoy hegemónico de educación superior.

Ante la imposibilidad material de abarcar ambos niveles, de grado y posgrado, me pareció que era conveniente concentrarse en el primero por dos motivos. En primer lugar porque, a pesar de la importancia asignada a los posgrados, aún es muy pequeño el porcentaje de alumnos que llegan a ese nivel. Esta limitación es reconocida por los mismos alumnos. Como se verá en el capítulo IV, cuando se les pregunta si desearían realizar un posgrado, una enorme mayoría (más del 90% en casi todos los casos) responde afirmativamente. Pero cuando se les pregunta sobre qué es lo que esperan hacer después de graduados, basándose no en sus deseos sino en su visión de la realidad (capítulo V), la proporción de alumnos que espera poder realizar un posgrado es muy inferior. Por lo tanto, aquellos que tienen acceso a un posgrado constituyen una pequeña elite dentro de las profesiones. Por otro lado, me interesaba conocer las expectativas y percepciones de quienes estaban en un estadio más incipiente de su formación, para poder ver de qué modo estas cambiaban a medida que los alumnos avanzaban en sus carreras. Por ello la encuesta se realizó entre alumnos de inicios y finales de las carreras. Finalmente, la mayoría de los posgrados se realizan en instituciones privadas, lo que hacía difícil la comparación con la universidad pública, que es precisamente uno de los objetivos de esta investigación.

El libro está dividido en cinco capítulos. Los dos primeros son de carácter histórico. En el primero se discute la evolución histórica de los dos campos disciplinarios bajo análisis: la Psicología y la Economía. En el segundo capítulo se estudia el desarrollo de la educación superior privada en Argentina. Los tres últimos capítulos consisten en el análisis de la encuesta llevada a cabo entre alumnos de universidades privadas y de la UBA que cursan las carreras de Economía y Psicología. En el capítulo III se analizan algunas propiedades sociales de los estudiantes que cursan las distintas carreras en diferentes tipos de instituciones, tratando de trazar un mapa social de los mismos. El capítulo IV centra su atención en las expectativas académicas, y el capítulo V lo hace en las expectativas profesionales de los alumnos.

## METODOLOGÍA

Como se indicó, los capítulos III, IV y V de este trabajo están basados en los resultados obtenidos a partir de una encuesta realizada a lo largo del año 2003 entre alumnos que se encontraban llevando a cabo sus estudios en la UBA y en universidades privadas. La encuesta, incluida de forma completa en el apéndice de este volumen, consta de un total de 28 preguntas agrupadas en tres partes. Las preguntas agrupadas en la

primera y segunda parte están destinadas a recoger datos que permitan delinear el perfil social de los alumnos que cursan en las distintas instituciones. Estas secciones del cuestionario incluyen preguntas acerca de la situación laboral del alumno y de sus padres, el nivel educativo de estos últimos, el tipo de escuela secundaria de la que egresaron los estudiantes, y otras semejantes. La tercera parte de la encuesta se concentra en las expectativas que genera cada tipo de institución educativa y, más en general, en las expectativas laborales y académicas de los alumnos, como así también en los motivos para la elección de la carrera y de la institución donde se cursa la misma. El objetivo consistió en analizar cómo los alumnos de Psicología y Economía que cursaban sus carreras en diferentes tipos de instituciones valorizaban una serie de categorías, estableciendo un sistema de jerarquías y posicionamientos dentro de los campos respectivos.

Las preguntas incluidas en la encuesta son cerradas: los encuestados debían elegir entre las opciones que se les presentaban, excepto por las últimas tres preguntas que se refieren a la proporción de materias cursadas consideradas útiles para su formación profesional, las expectativas respecto de si la profesión elegida constituiría la principal fuente de ingresos en el futuro, y la visión que los encuestados tenían acerca de la valoración social otorgada a los profesionales de las dos disciplinas. En estos casos, luego de presentadas las opciones, se solicitó a los encuestados que fundamentaran muy brevemente su elección, para lo cual se les ofrecía un espacio de tres renglones. Estas respuestas semi-abiertas fueron luego agrupadas, hasta donde fue posible, en categorías descriptivas. Así, por ejemplo, cuando se les pedía a los alumnos que contestaran por qué pensaban que la profesión sería en el futuro su principal fuente de ingresos, respuestas tales como “porque para eso estudio”, “porque así lo decidí”, etc., fueron agrupadas bajo la categoría “decisión”; respuestas del tipo “porque me gustaría que así sea”, “porque ese es mi deseo”, etc., fueron ubicadas en la categoría “deseo”; mientras que aquellas respuestas que hacían referencia a las posibilidades ofrecidas por el mercado de trabajo fueron agrupadas en la categoría “confianza”, y así sucesivamente. Esto fue posible por el nivel relativamente alto de homogeneidad de las respuestas, aunque se registraron algunas que por su naturaleza eran difíciles de categorizar y por tanto fueron agrupadas en la categoría “otros”. Algo semejante se hizo con las respuestas a la pregunta acerca del nivel percibido de valoración social de que gozan los profesionales de ambas disciplinas. La gran mayoría de las respuestas, como se verá en el capítulo IV, hacía referencia al tema de la crisis económica como causa de la valoración supuestamente alta que disfrutarían tanto los economistas (porque serían aquellos destinados a solucionarla) como los psicólogos (porque ayudarían a la gente a superar los efectos traumáticos de la misma).

El criterio de selección de las universidades elegidas también merece una aclaración. En primer lugar, se ha intentado que las universidades privadas seleccionadas sean lo más representativas posible de los dos grupos en los cuales se las dividió: a) aquellas más antiguas, grandes (alrededor de 10.000 alumnos o incluso más), con aranceles moderados, creadas antes de 1990, en general a lo largo de la década de 1960, con una orientación más humanística; y b) aquellas más modernas, mucho más pequeñas (alrededor de 1.500 alumnos), creadas luego de 1990, con aranceles elevados, más orientadas hacia las ciencias económicas y con mayores pretensiones de calidad académica. El primer grupo de la muestra está compuesto por la Universidad del Salvador (Psicología), la Universidad de Belgrano (Psicología), la Universidad Católica Argentina (Psicología y Economía) y la Universidad Argentina de la Empresa (Economía). Esta última, aunque comparte muchas características con sus compañeras de grupo, ha estado siempre orientada hacia las ciencias económicas. El segundo grupo está compuesto por la Universidad de San Andrés (Economía) y la Universidad Torcuato Di Tella (Economía). Hubiera sido importante incorporar más universidades, pero uno de los factores que determinaron la selección (y no el de menor importancia) se vincula al nivel de colaboración que las autoridades de las distintas instituciones (e incluso de las distintas facultades dentro de cada institución) estuvieron dispuestas a proporcionar. Así, por ejemplo, no en todas las universidades privadas fue posible realizar la encuesta entre los alumnos de las dos carreras que nos interesan.

Durante el proceso de recolección de datos nos encontramos con varios problemas que no habían sido previstos, pocos de estos irresolubles y otros de más fácil resolución. Vale la pena detenernos aunque sea brevemente sobre ellos porque, de alguna manera, determinaron los límites y posibilidades de este estudio. El primer problema a confrontar, que ya fue mencionado, estuvo vinculado a la falta de colaboración por parte de las autoridades de algunas universidades. La idea original era realizar la encuesta entre un número muy superior de universidades que aquel sobre el que finalmente se trabajó. Las autoridades de algunas instituciones directamente se negaron a colaborar, mientras que otras dilataron los tiempos hasta tornar imposible la realización de la encuesta dentro de los plazos previstos.

Pero, incluso habiendo obtenido la colaboración por parte de las autoridades, un segundo problema que se presentaba era cómo seleccionar a los alumnos entre los que se debía realizar la muestra y determinar la naturaleza de la misma. Las circunstancias en las que se llevó a cabo la encuesta hicieron materialmente imposible la realización de un muestreo con valor estadístico estricto siguiendo los imperativos metodológicos para este tipo de trabajo. Esto hubiera implicado, por un lado, tener acceso virtualmente irrestricto a todos los alumnos de

cada una de las instituciones, circunstancia que no se dio en ningún caso por impedimentos prácticos. La única forma posible de acceder a los alumnos consistió en realizar la encuesta en cursos, minutos antes de comenzar o terminar una clase, luego de obtenido el permiso del docente (que tampoco fue siempre fácil de conseguir). La selección de los cursos donde se llevaría a cabo la encuesta también presentó problemas que discutiré más adelante. El otro elemento esencial para poder realizar un muestreo estadístico metodológicamente correcto hubiera consistido en la posesión de información confiable respecto del número total de alumnos que se encuentran cursando las respectivas carreras en las distintas universidades, así como su distribución por sexo. Esta información ha probado ser virtualmente imposible de conseguir, en algunos casos porque no se poseía (o no se quería proporcionar), y en otros casos, simplemente, porque fue imposible obtenerla por los motivos que se enumeran más adelante.

Finalmente, un problema adicional se presentó por la enorme disparidad en la cantidad de alumnos existente entre, por ejemplo, la UBA y las universidades privadas nuevas. Intentar mantener un porcentaje de alumnos constante en todas las instituciones para realizar la muestra nos hubiera forzado a encuestar o bien a un número exageradamente alto –y prácticamente inmanejable con los recursos técnicos y humanos disponibles– de alumnos de la UBA, o bien a un número demasiado pequeño y estadísticamente inaceptable de alumnos que cursan sus estudios en las instituciones más pequeñas. Estas dificultades hicieron que finalmente se desestimara la posibilidad de realizar un muestreo estadístico estricto y se optara, en cambio, por una metodología que, sin acercarse a los niveles de precisión óptimos, al menos sirviera para proporcionar de manera aceptablemente confiable los datos que pretendíamos recoger.

La encuesta se realizó finalmente entre alumnos de comienzo y finales de las carreras. Esto último también requiere una explicación. La idea original era encuestar alumnos de primer y último año, pero esto ha resultado ser imposible debido a que varias de las universidades estaban realizando cambios de planes de estudios, acortando las carreras al momento de realizarse las encuestas, por lo que en algunos casos coexistía una cohorte de estudiantes de cuarto año y otra de quinto que estaban cursando el último año según el plan de estudios en que se encontraran inscriptos. Tampoco ha sido fácil determinar exactamente cuáles eran los alumnos de primer año. Como lo que importaba era medir la evolución de las expectativas de los alumnos dentro de cada tipo de institución, en el caso de la UBA descartamos a los alumnos cursantes del Ciclo Básico Común (CBC), ya que un alto porcentaje de estos luego cambia la orientación de sus estudios. Pero el problema no terminó ahí. En la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, por

ejemplo, existe (al igual que en algunas privadas) un ciclo básico común a todas las carreras que en ella se dictan y dentro del cual también hay una alta tasa de alumnos que cambian su orientación (de contador público a licenciado en Economía o Administración, y viceversa). Estos motivos impiden, además, saber con exactitud cuántos alumnos están cursando cada carrera en un momento dado. Por lo tanto, se decidió realizar la encuesta entre alumnos que estuvieran cursando algunas de las primeras materias del ciclo específico de las carreras elegidas (situación definida como “primer momento”, lo que en algunos casos ocurre recién en el segundo año de los programas respectivos), y entre aquellos que estuvieran cursando algunas de las últimas materias (situación definida como “segundo momento”). Se seleccionó sólo una materia por institución y por “momento” debido a que, sobre todo en las instituciones pequeñas, al tratarse de materias obligatorias, hay un alto nivel de superposición ya que, en general, son los mismos alumnos los que cursan las diferentes materias de su nivel.

Las respuestas obtenidas fueron luego volcadas a una base de datos Excel y procesadas por universidad y por “momento”. Las autoridades de algunas de las instituciones que colaboraron con este trabajo pusieron como condición para hacerlo que no pudiera identificarse el origen de las respuestas. Por ello (lo cual no modifica la naturaleza de la investigación) se agregaron posteriormente los datos en tres categorías: los provenientes de la UBA; los provenientes de universidades privadas antiguas y aquellos procedentes de universidades privadas nuevas, para el caso de Economía; y los provenientes de la UBA y de universidades privadas antiguas para Psicología, ya que las universidades nuevas incluidas en la muestra no tienen programas en esta disciplina. Finalmente, la muestra para la carrera de Economía quedó compuesta por 131 alumnos, 78 varones y 53 mujeres, de la UBA; 103 alumnos, 70 varones y 33 mujeres, de las universidades privadas nuevas, y 94 alumnos, 53 varones y 41 mujeres, de universidades privadas antiguas. En lo que respecta a Psicología, la muestra consiste en 146 alumnos de la UBA, 17 varones y 129 mujeres, y 202 alumnos de universidades privadas, 170 mujeres y 32 varones respectivamente. Se intentó en lo posible que los cursos seleccionados para la realización de las encuestas tuvieran una representación típica por sexo. Para ello hubo que apelar a medios “impresionistas”, tales como consultas a docentes y autoridades ya que, como se indicó, no existen (o no son accesibles) registros completos de alumnos de cada carrera por sexo.

Este trabajo no hubiera sido posible sin una larga serie de colaboraciones de distinto tipo que quisiera enumerar. En primer lugar, la investigación que culmina en este libro se llevó a cabo en el marco de una beca del Programa de Becas CLACSO-Asdi de Promoción de la Investigación Social para Investigadores Senior de América Latina y el

Caribe. En este caso particular, el tema general fue “La educación superior en América Latina y el Caribe. Redefinición de las fronteras entre lo público y lo privado”. Mi primer agradecimiento es por lo tanto para dicho Programa, para CLACSO y, en particular, para Bettina Levy y Natalia Gianatelli quienes han facilitado enormemente todos los pasos administrativos. También quiero agradecer a la institución en la cual desarrollo mi trabajo como investigador del CONICET, el IDES, y en particular a Irene Ororbía y Miguel Ballario por su constante “apoyo logístico” y su buen humor.

Quiero expresar mi profundo agradecimiento al Licenciado Fernando Boro sin cuya eficientísima colaboración no hubiera jamás podido procesar la enorme cantidad de datos acumulados, ni entender (más o menos) los secretos del manejo del Excel. Este libro en parte también le pertenece. También quiero agradecer a la Licenciada Jimena Caravaca, quien leyó el texto con su cuidado habitual y corrigió errores múltiples. Mi agradecimiento va muy especialmente para las autoridades de las universidades que aceptaron colaborar con este trabajo, en particular a la Licenciada Gabriela Renault (Universidad del Salvador, Psicología), la Licenciada Beba Casullo (UBA, Psicología), la Profesora Nilda Vuotto de Brigante (Universidad de Belgrano), el Dr. Orlando D’Adamo (Universidad de Belgrano, Psicología), el Dr. Ludovico Videla (Universidad Católica Argentina, Economía), el Dr. Héctor del Bosco (Universidad Católica Argentina, Psicología), el Dr. Carlos Newland (Universidad Argentina de la Empresa), el Dr. Ricardo Theller (Universidad Argentina de la Empresa, Economía), la Dra. María Teresa Casparri (UBA, Economía), el Dr. Pablo Neumeyer (Universidad Torcuato Di Tella, Economía) y el Dr. Eduardo Zimmermann (Universidad de San Andrés). Mi agradecimiento también va dirigido hacia aquellos funcionarios de diferentes reparticiones del Ministerio de Educación (en particular del Centro de Documentación e Información) que me proporcionaron acceso a material estadístico. Finalmente, *last but not least*, agradezco profundamente a mi esposa Piroška y a mi hijo Pascuel sin cuyo apoyo constante ni este libro ni ninguna otra cosa en mi vida hubieran sido posibles.

